

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO II

TEGUCIGALPA: 6 DE MAYO DE 1903

NUM. 36

Petras nacionales

LA era de paz y de trabajo que se abre para nuestra Patria bajo el Gobierno del General Bonilla, verá, como una hermosa consecuencia de prosperidad y de cultura, el florecimiento de las Letras Nacionales.

Hoy se nos ha concedido la impresión de la REVISTA NUEVA; demostrándose así el noble deseo que anima al Jefe del Ejecutivo de impulsar á la juventud hacia la cumbre de altos ideales.

Reanudamos, pues, nuestras labores de Arte, con el espíritu fortalecido por el brillante ejemplo de civismo y de grandeza que acaba de dar al mundo el pueblo hondureño, y con la visión del porvenir fulgurando en el horizonte. . .

Lo que dice la musa

No profanes el misterio de las cosas,
el misterio de las cosas de ilusión;
y consagra á las penumbras, y á las rosas
medio abiertas, y á los besos, tu canción.

Ciñe gasas á tu amada colombina;
tú no sabes la adorable turbación
de una blanca, no discreta muselina,
ó de un pliegue sin plegarse de linón.

Oye el canto de ternura que la brisa
se acompaña con el harpa del ombú;
mira el beso como besa la sonrisa
en la noche del galante rendez-vous.

Curiosa los estuches; la novela
oívidada junto al guante y al corsé;
las persianas; y al discípulo que vela
y medita junto al rayo del quinqué.

Y ama el verso de sollozos penetrantes;
ama el verso de perfume de azahar;
como el cielo, copa llena de diamantes,
copa llena de zafiros, como el mar.

RUFINO BLANCO FOMBONA

El perro negro

ENVUELTO en una polvareda blanquecina caminaba el ejército, al caer de la tarde. Ascendía por un árido escarpe, erizado de ásperos granitos. .

El sol en el ocaso semejaba una fúlgida flor sangrienta; y sobre los campos callados, la tiniebla empezaba á tender su ala misteriosa.

De pronto surgió de un grupo de árboles petrificados un perro negro, un macilento perro negro, que con ojos casi humanos miraba largamente á los guerreros que pasaban, rudos y fuertes, con el fusil al hombro.

Los miraba en silencio; y la mancha de sombra de su cuerpo casi se perdía en la sombra del crepúsculo.

Pasaban, pasaban los viejos capitanes, los jóvenes soldados. . .

Luego, ante un alegre muchacho que se movía penosamente, el perro ladró de una manera horrible. . . Después, lanzó un aullido lento y quejumbroso, una especie de lamentación lúgubre que, bajo el cielo sombrío, en la hora fantástica, impresionó angustiosamente.

Al anochecer de la última jornada, una bala traidora arrebató la vida al pobre muchacho. . .

Estaba allí, sobre los duros guijarros del camino, con los ojos abiertos, frío y ensangrentado.

Entonces, recordando la espantable escena macabra, el aullido lúgubre resonando en la distancia, al comprender que el perro negro era la Muerte. . . un soplo de lo desconocido pasó por nuestras cabezas.

FROILAN TURCIOS

Las Campanas

En marzo se había enamorado Biasce. Dos ó tres noches que no conseguía conciliar el sueño. Sentía en todo el cuerpo hormigueos, ardores, picaduras, como si de un momento á otro fueran á salirle de la piel, á millares, yemas, ramitas, manojos de rosas silvestres. Hasta el fondo de su cuchitril entraba, sin saberse por donde, fragancia nueva, fragancia fresca y áspera de savia en movimiento, de almendros floridos. . . ¡Por Santa Bárbara proféctora! La última vez que vió á Zolfiná precisamente era en un almendro donde se apoyaba, contemplando dos velas en alta mar. Y sobre su cabeza extendíase una alegre blancura balsámica que cuchicheaba al sol; y á su alrededor veíase la azulada florescencia de un oleaje de lino; y en sus ojos había dos vincapervincas abiertas y debía de tener también flores en el corazón.

En el camastro, pensaba de nuevo Biasce enloquecido en toda aquella luz, en aquel desbordamiento de vida primaveral. Ya la línea extrema del Adriático se iluminaba allá abajo con las primeras miradas tímidas de la aurora cuando se levantó y trepó por la escalera de palo hasta los nidos de golondrinas, hasta el remate del campanario.

Flotaban por los aires voces indistintas y extrañas, semejantes á fugitivos alientos jadeantes, á respiraciones de hojas, á rocés de brotes verdes, á susurros de alas. Dormían aún las casas acurrucadas; parecía dormida á medias todavía la llanura, cubierta con cortina de leves nieblas. De trecho en trecho, sobre aquel inmenso estanque, balanceaba el céfiro los árboles: en el fondo, las colinas moradas se degradaban en tonos más delicados, fundiéndose en el ceniciento horizonte. En frente, el mar centelleaba como una faja de acero, con alguna vela oscura en la penumbra. Dominándolo todo, la fresca diáfana serenidad del firmamento, en el cual las estrellas una tras otra iban palideciendo.

Las tres campanas inmóviles, con el hueco vientre de bronce adornado de arabescos, aguardaban que los brazos de

Biasce arrojaran vibraciones triunfales á las brisas matutinas.

Y Biasce cogió las cuerdas. Al primer impulso, la campana mayor, la Loba, se estremeció profundamente: dilatóse, estrechóse, volvióse á dilatar su ancha boca: una ola de sonidos metálicos, seguida de una especie de mugido profundo, cayó sobre los tejados todos, se propagó con el viento por toda la orilla, por toda la lla-

Y los tañidos se precipitaban, se precipitaban. Animábase el bronce, semejante á un monstruo loco de ira ó de escilaba espantablemente de derecha á izquierda, enseñaba la boca á las dos aberturas, soltaba dos notas amplias, profundas, unidas por continuo zumbido, rompía de pronto el ritmo, aceleraba el movimiento hasta fundirlo en un temblor de cristalina armonía, que se ensanchaba solemnemente por el espacio. Abajo, las ondas sonoras y las ondas luminosas arrojaban de las campiñas al sueño; subían las nieblas como humo, se doraban, se disolvían suavemente en la claridad matutina: los ribazos tomaban color cobrizo. Y súbitamente oyóse otro sonoro timbre al repicar de la Estrige, agrio, ronco, cascado, parecido á un rabioso ladrido contra el rugir de una fiera. . . Y después resonó el martilleo rápido de la Cantora, martilleo alegre, límpido, ágil, revoltoso, parecido á un diluvio de granizo en una cúpula de cristal. Y luego se escucharon los lejanos ecos de otros campanarios que despertaban: el campanario de San Roque, allí abajo, campanario rojizo, oculto entre encinas; el de Santa Teresa, enorme pilón de azucar horadado; el de San Franco, campanario de convento. . . diez, doce, quince lenguas metálicas que vertían en el campo las sanas y alegres variaciones del himno dominical, en luminoso triunfo.

Aquel estrépito embriagaba á Biasce. Había que ver al chicarrón huesudo y nervioso, con una gran cicatriz rojiza en la frente, menear jadeante los brazos, agarrarse á las cuerdas como un mono, dejarse arrebatar por la irresistible fuerza de su Loba querida, subirse á lo más alto para dar los últimos impulsos á la Cantora, mientras retemblaban sordamente los otros dos monstruos domados.

Allí arriba era un rey Biasce. Las espesas yedras escalaban la añosa pared desconchada con juvenil arranque; enredábase en las vigas de la teclumbre como en troncos vivos; vestían los rojos ladrillos con tapiz de hojitas correosas, relucientes, parecidas á las placas de esmalte; colgaban por los anchos aleros como reptiles delgados y pululantes; asaltaban las tejas animadas por los nidos, nidos viejos y nuevos, llenos ya del gorjeo de amorosas golondrinas. Al pobre Biasce le tenían por loco, pero allí arriba era rey y poeta. Cuando se combaba el cielo se sobre la florida campiña, cuando el Adriático brillaba con chispas de sol y anaranjados velos, cuando llenaba las calles el tráfico, permanecía en el remate del campanario sin hacer , como salvaje halcón, aplicando el oído al costado de la Loba, del terrible y soberbio animal que un día le había descalabrado, y de cuando en cuando le daba un golpecito con el dedo doblado, para escuchar sus largas y deliciosas vibraciones. Cerca de él relucía la Cantora como una joya su envoltura de arabescos y , con la imagen de un Antonio en relieve; más lejos, la Estrige mostraba la panza, vieja ya, surcada por una rendija en toda su longitud con los bordes desportillados.

¡Cuánta meditación junto á las tres campanas, qué vagabundear de sueños extraños, qué arrebatos líricos de pasión y de deseo! ¡Y qué gallarda era y hermosa la imagen de Zolfina, surgiendo de aquel mar de ondas sonoras, entre los ardores del mediodía, ó desvaneciéndose á la hora del crepúsculo, cuando la Loba sonaba con tonos cansados y melancólicos, y espaciaba sus repiques hasta morir de languidez!

Encontráronse una tarde de Abril en la pradera, tras los nogales de la Monna, bajo un cielo opalino en el zenit y con manchas moradas hacia el Poniente. Tareaba ella segundo hierba para la vaca preñada. Subíale el olor primaveral á la cabeza y le daba vértigos, como los vapores del vino dulce en Octubre. Al inclinarse, le rozaba á veces la falda la desnuda carne, levemente, como acariciándola, y el placer le hacía entornar los ojos.

Biasce andaba contoneándose, caída hacia a la gorra, ramito de claveles en la oreja. No era mal mozo Biasce. Tenía ojos grandes y negros, llenos de campesina tristeza, de una como nostalgia, ojos que recordaban los de los animales cautivos. Además, tenía su voz cierto encanto, algo londo que no parecía humano. No conocía ni modulaciones, ni flexibilidad, ni morbideces. Allí arriba, junto á sus campanas, al aire libre, á toda luz, en la gran soledad, había aprendido un lenguaje lleno de sonoridades, de notas metálicas, de imprevistas asperezas, de profundidades guturales.

—¿Qué hace usted Zolfina?

—Heno para la vaca del tío Miguel, eso hago—respondió la muchacha rubia que seguía encorvada para recoger la hierba, palpitante el seno.

—¿Nota usted la fragancia, Zolfina? Estaba yo en lo alto del campanario; miraba las barcas que el viento griego empuja mar adentro, y ha pasado usted por abajo, cantando... Cantaba usted *Floreccillas Campéstris*.

Se calló porque sentía algo en la garganta que le ahogaba. Silenciosos ambos, escuchaban el amplio susurro de las nogueras y el murmullo del mar lejano.

Biasce, muy pálido, acabó por inclinarse también hacia la hierba y entre aquella voluptuosa frescura vegetal, sus ávidas manos buscaron las de Zolfina, colorada ya como una brasa.

—¿Quiere usted que la ayude?—dijo de repente.

Dos lagartos en celo, grandes, hermosos, atravesaron el prado como saetas y desaparecieron entre las hojas de la valla.

Biasce le cogió la muñeca.

—¡Déjame!—murmuró la pobre muchacha con desfallecida voz.—¡Déjame, Biasce!

Después se acercó más á él, se dejó besar, le devolvió sus besos; le decía: "¡No, no!" tendiéndole los labios; dos labios rojos y húmedos como bayas de cornejo.

Su amor crecía como el heno, y el heno subía, subía como una ola, y en medio de aquella marea verde, Zolfina, erguida con un pañuelo rojo atado á la cabeza

parecía una espléndida amapola. ¡Qué alegres retornelos entre las hileras bajas de manzanos y morales blancos, á lo largo de los matorrales cargados de nísperos y madreselva, por los campos donde amarilleaban las coles floridas, mientras allá abajo, en San Antonio, la Cantora hacía variaciones tan alegres que parecía una urraca en celo!

Pero una mañana que la esperaba Biasce en la fuente con un ramo hermoso de alhelios recién cogidos, Zolfina no acudió. Estaba en la cama, con viruela negra.

¡Pobre Biasce! Cuando lo supo, se le heló la sangre y se tambaleó más que la noche que le rompió la cabeza la Loba; y no obstante, tuvo que subir al campanario y romperse los brazos tirando de las cuerdas, con la desesperación en el alma, entre el barullo del domingo de Ramos, ante la insultante alegría del sol, de las ramas de oliva, de las telas bonitas, de las nubes de incienso, de los cantos y de las oraciones, mientras su pobre Zolfina sufría, sabe Dios qué tormentos, virgen bendita, ¡sabe Dios qué tormentos!

Tuvo días terribles Biasce. Al caer la noche, rondaba alrededor de la casa de la enferma, como un chacal en derredor de un cementerio; parábase á veces bajo la ventana cerrada, iluminada por dentro, y, con los ojos henchidos de lágrimas, veía pasar sombras por los cristales; aguzaba el oído, se apretaba con la mano el pecho, quebrantado por el ahogo, y seguía dando vueltas como un loco ó corría á refugiarse en el campanario. Allí pasaba de noche largas horas, junto á las campanas inmóviles, abatido por inmensa angustia, más lívido que un cadáver. Abajo, por las calles inundadas por la luna y por el silencio, no pasaba un alma. Delante, el mar triste y rizado que rompía con monótono rumor en la desierta playa: arriba, el cruel azul.

Y más lejos, debajo del techo que apenas se vislumbraba, Zolfina agonizaba tendida en la cama, silenciosa, corriendo por la cara ennegrecida cuajarones de materia purulenta, callada siempre, mientras palidecía la vela en la claridad crepuscular y se convertía el cuchicheo de las plegarias en explosión de sollozos. Dos ó tres veces levantó la cabeza rubia,

penosamente, como si quisiera hablar, pero las palabras se le quedaban en la garganta, y le faltaba el aire, la abandonaba la luz. Movi6 los labios con ahogado estertor, como un cordero al cual degüellan, y se quedó fría.

Biasce fué á ver á su pobre muerta. Alelado, vidriosas las pupilas, miró el ataúd engalanado con frescas flores, bajo las cuales se extendía aquella podredumbre de carne joven, aquella corrupción de humores descompuestos ya debajo del nevado lino. Mir6la un momento, mezclado con la muchedumbre, salió, volvió á su guarida, subió la escalera de palo hasta la mitad, cogió la cuerda de la Cantora, le hizo un nudo corredizo, metió el cuello en él y se dejó colgar en el vacío.

Las sacudidas del ahorcado hicieron que, rompiendo el silencio del Viernes Santo, lanzara la Cantora, con un relámpago luminoso, cinco ó seis repiques inesperados, alegres, argentinos: una bandada de golondrinas surgió del tejado hacia el sol.

GABRIEL D'ANNUNZIO

Óbaser moderno

Por el aire del cuarto, saturado
De un olor á vejezes peregrino,
Del crepúsculo el rayo vespertino
Va á desteñir los muebles de brocado.

El piano está del caballete alJado
Y de un busto del Dante el perfil fino,
Del arabesco azul de un jarrón chino
Medio oculto el dibujo complicado.

Junto al rojizo orín de una armadura
Hay un viejo retablo, donde inquieta
Brilla la luz del marco en la moldura;

Y parecen clamar por un poeta
Que improvise del cuarto la pintura,
Las manchas de color de la paleta.

JOSE ASUNCIÓN SILVA

El último sueño de Óabaré

CUANDO Tabaré hubo muerto, y de su flanco herido la sangre partía, como un ancho y espumoso torrente rojo, su alma, en la forma de una minúscula mariposa blanca, desprendióse de la carne heroica

que la guardaba y agitando sus alas de espuma y de seda, se preparó á remontarse hacia el inmenso cielo azul.

En el claro del bosque, junto al guadal vecino, la humana forma del indígena yacía rígida, llena de la serenidad augusta y solemne de la muerte. El ancho pecho del cadáver se destacaba como un escudo de bronce sobre un manto de púrpura. La mariposa rozó con las alas una burbuja de sangre, y coloreada de blanco y rosa, se fué por los aires, bebiendo con su diminuta trompa combada el pólen de oro del sol.

Cruzó por la llanura, pasó por sobre la selva, contempló á la distancia las cuchillas onduladas, fecundas, perfilando el horizonte en suavísimas combas; siguió hasta el río padre que lleva sus aguas límpidas hacia el río inmenso, cenagoso y mugiente; trazó giros voluptuosos entre las cortaderas de largas hojas aterciopeladas; se deslizó por las totoras que enarçaban sus tallos cilíndricos, vibrantes ante el viento de la tarde y se detuvo un momento sobre el verde radioso de un viajero camalote.

El sol, en el último período del ocaso, desgranaba todos sus bermellones y fundía el nácar de las nubes en ópalos intensos y deslumbrantes. Las cigarras comenzaban á suspender sus eternas sonatas monocordes, las palomas guardaban en sus buches sus melancólicos arrullos y entre las hojas de los sarandíes comenzaban á rodar las titilantes lágrimas del rocío.

El alma de Tabaré, gloriosa en la poesía de aquella tarde llena de quietud, vió llegar al crepúsculo desplegando sus infinitos tules violetas y pensó que era ya hora de dormir el largo sueño de los siglos futuros. En aquel instante se entreabrió en los espacios la corola de luz de una estrella.

La blanca mariposa, coloreada de rojo por una gota de la sangre indígena, tendió su vuelo hacia el lucero que la besaba con sus infinitos labios de luz; pero mientras ascendía, llegó hasta ella el vaho de la seiva, el hedor del limo del río padre, el hálito inmenso de la campiña toda.

Vió entonces que el astro estaba muy arriba, que cuanto más ascendía, más

lejana se le antojaba aquella lágrima del cielo; y volvió hacia la tierra, para tener por tumba algo que fuera color y potencia, vida y perfume en la última esperanza del dolor y de la muerte.

Penetró en el bosque hirviendo de savia, se posó sobre los rosales salvajes, en la grana ardiente de los ceibos, en la dorada fruta de los talas, en las largás varas enhiestas de los cardos morados. Y así, errante y solitario el espíritu de Tabaré, marchó por la selva, hasta que de pronto cayó en el búcaro entreabierto de una dulce mburucuyá.

Y el bosque entero floreció en pasionarias.

Alma de dolor y de ensueño, agigantada por la muerte, divinizada por el amor; alma pura y zañuda en la cual barbotaba el genio de la raza, toda la fiera expresión del charrúa; alma melancólica, amargada errante, alma toda perfume; toda color, toda caricias, ella fué el germen potente que encendió el fuego de una roja pedrería en el fruto combado de las purpúreas mburucuyás.

Y desde aquel instante, las leves pasionarias, dulces flores del llanto y de la muerte, riegan la sangre de Tabaré, con sus pomos pequeños y aromados, por sobre las cuchillas, á lo largo de los pantanos, en los juncos de las cañadas, ante ese cielo que vió morir al amante rudo y supremo, bajo su inmensa serenidad azul.

GOYCOECHÉA MENENDEZ

Mis versos

Ellos son los dolientes, los proscritos,
los efímeros hijos de mi alma,
los que en mis noches de dolor sollozan,
los que en mis noches de placeres cantan.
Cada uno lleva dentro el seno oculto,
el apagado sol de una esperanza.
Yo no sé donde van ni porqué viven;
pero sé que son míos y que aman.

Ellos son los que surgen de los sueños,
los que en el país de la quimera vagan,
los pobres rimadores de mi poema,
de tristes iras y dolientes arias,
los que en las noches tibias y apacibles
eutanan sus amantes serenatas,
pobladas de rúmoreos misteriosos
y movimientos trémulos de alas.

ciario inglés, y que conmovió á todos los hombres de buen corazón y principalmente á los artistas.

¡Y luego vino algo peor! La cobardía de sus amigos y colegas, que olvidando toda piedad, se alejaron en absoluto de él, como de un leproso, no le llevaron ningún consuelo á sus negras horas de prisión, de horrible prisión, á donde tan solamente le veían en días excepcionales su mujer, sus hijos y uno ó dos compañeros caritativos. ¿En dónde es'aban los que le pedían dinero prestado, los que se regodeaban en su yate *Clair de lune*, los que juraban por él en los días de éxito y de rentas fabulosas, los que aplaudían sus excentricidades, sus *bontades*, sus disparates y sus locuras?

Se esfumaron, ante lo que llama Byron—otra víctima—con exceso de expresión: *the degraded and hypocritical mass wich travens the present english generation.*

Este mártir de su propia excentricidad y de la honorable Inglaterra, aprendió duramente en el *hard labour* que la vida es seria, que la *pose* es peligrosa, que la literatura, por más que se sueñe, no puede separarse de la vida; que los tiempos cambian, que Grecia antigua no es la Gran Bretaña moderna, que las psicopatías se tratan en las clínicas; que las deformidades, que las cosas monstruosas, deben huir de la luz, deben tener el pudor del sol; y que á la sociedad, mientras no venga una revolución de todos los diablos que la destruya ó que la dé vuelta como un guante, hay que tenerle, ya que no respeto, siquiera temor; porque si no, la sociedad sacude; pone la mano al cuello, aprieta, ahoga, aplasta. El burgués, á quien queréis *épater*, tiene rudezas espantosas y refinamientos crueles de venganza. Desdeñando el consejo de la cábala, ese triste Wilde *je gó al fantasma y llegó á serlo*; y el cigarrillo perfumado que tenía en sus labios las noches de conferencia, era ya el precursor de la estricnina que llevará á su boca en la postrera desesperación, cuando murió, el *arbitrer elegantiarum*, como un perro. Como un perro murió. Como un perro muerto estaba en su cuarto de soledad, su miserable cadáver. En verdad sus versos y sus cuentos tienen el valor de las más finas perlas.

Cuando salió de la prisión, estaba en la mayor pobreza. Desde su condena, las librerías habían quitado de las vitrinas sus volúmenes, y los directores de teatro borraron de sus carteles el nombre del autor de *A woman of no importance* y de *Lady Windermere's fan*. En Francia se conocía *The portrait of Dorian Gray*, cuya traducción publicó Savine, y Sarah Bernhardt iba á representar la *Salomé* de cabellos azules. Cuando, para atenuar los sufrimientos del castigo, un grupo de artistas y escritores franceses dirigió un memorial á su graciosa majestad, el número de consecuentes estaba ya demasiado restringido. Cuando salió de la prisión y vino á vivir á Francia con un nombre balzaciano—Sébastien Melnic th—apenas se relacionaba con uno que otro espíritu generoso—entre los que no le volvieron la espalda, hay que señalar al noble poeta Moréas, á Ernesto Lajeneusse. El *Merveille* publicó una traducción de la maravillosa

Italada que escribiera en la cárcel, y en la cual puede adivinarse ya su próxima conversión al catolicismo. Ya en París, no publicó nada; y no se sabe si al morir deja algo inédito. Cuando sus hijos sean mayores de edad, será su principal obligación presentar al mundo dignamente la obra de su padre, desgraciado é infamado. Junto á las purificaciones de la Muerte están las purificaciones de la Piedad.

Una tarde, en el bar *Calisaya* del bulevar de los Italianos, estábamos reunidos unos cuantos escritores y hombres de prensa, entre los cuales Henry de Brouchard, el vicconde de Croze y Ernesto Lajeneusse, cuando llegó á sentarse al lado de este mi distinguido amigo, un hombre de aspecto abacial, un poco obeso, con aire de perfecta distinción y cuyo acento revelaba en seguida su origen inglés. En la conversación su habilidad de decidor se marcaba de singular manera. Siempre trataba asuntos altos, ideas puras, cuestiones de belleza. Su vocabulario era pintoresco, fino y sutil. Parecía mentira que aquel gentleman, absolutamente correcto, fuese el predilecto de la Ignominia y el *re-enant* de un infierno carcelario.

Su obra es de un mérito artístico eminente.

En el libro de *Dorian Gray* se ve la influencia del *Arrebour* de Huysmans. Era la época de exasperación estética que en Londres tuviese tanta repercusión; cuando el pobre Wilde era quien imponía su elegancia y su extravagancia en la capital del *caut* y le vió Picadilly pasearse con un girasol en la mano. *Patience*, la opereta de Sullivan ponía en berlina la novación ruidosa y el *Lady Windermere's fan* se daba en los teatros ingleses por cientos de noches. En el *Dorian Gray* enfermizo, desgraciadamente, está ya la prisión y el inevitable suicidio. Mas su cerebración, es para sibaritas de ideología, según puede verse en este juicio del augusto Mallarmé que publicó el autor de *Amas y Cerebros*: "*l'achève le livre, un des seuls qui puissent émoouvoir, au que d'une rêverie essentielle et de parfums d'âme les plus étrangers et compliqués est fait son ouvrage: redevenir poignant à travers l'inouï raffinement d'intellect, et humain en une parzille perverse atmosphère de beauté est un miracle que vous accomplissez, selon quel emploi de tous les arts de l'écrivain! C'est le portrait qui á été cause de tout. Ce tableau en pied, inquiétant, d'un Dorian Gray hantera, mais écrit, étant livre lui-même.*"

Intentions—que fué un gran éxito para Tauchnitz—es un *drageoir aux épices* y una complicación de deliciosas paradojas. La erudición elegante y alusiva no es menos que la habilidad verbal y el juego de pensamientos. Hay que ver ese *Decay of lying* en que se hace el más sutil elogio de la mentira, ó *Pen, Pensil and Poison*, ó cualquiera de los diálogos que componen el volúmen y en los cuales Alcibiades le corta á cada instante la cola á su perro.

Á mí entender, lo preferible en la obra de ese poeta maldito, de ese admirable infeliz, son sus poemas, poemas en verso y poemas en prosa, en los cuales la estética inglesa cuenta muy ricas joyas. Os aseguro que el Cristo que sueña aparecer en ellos, sin nombre—; *El!*—es de una visible

y pacífica dicindad, y en su presencia no tendrías sino que reconocer la blancura margarítica de los dientes del perro muerto...

Y de la carroña fétida, cuando venga la primavera de Dios, en la purificación de la Tierra, nacerá, como dicen los versos del condenado en vida, "la rosa blanca, más blanca, y la rosa roja, más roja."

Y el alma, purificada por la Piedad, se verá libre de la Ignominia.

RUBEN DARIO

En un álbum de artista

ALABEN otros job poetal la perfección de tus ánforas cinceladas. Yo prefiero decirte que tu poesía sabe hacer pensar y hacer sentir: que tu verso tiene un ala que se llama emoción y otra ala que se llama pensamiento.

Siendo igualmente justo, te habré dicho sin duda mucho más.

Los que en tiempos cercanos recorrieron la senda que va de las estatuas esbeltas y delicadas de Gautier á los grandes mármoles de Leconte, amaron en el poeta el don de una impassibilidad que resguardara á las líneas del cincel impecable del peligro de un estremecimiento.

Menos paganos, nosotros gustamos de recordarle nuevamente el mito del pelicano, porque sin dejar de tener la idolatría de la forma, necesitamos al mismo tiempo un arrullo para nuestro corazón y un bálsamo para nuestras tristezas.

Ellos le hablaban para decirle:

—Háznos, estatuario, una estatua. Que lllore ó ría: que muestre el gesto del amor, ó de la meditación, ó del desprecio. Pero que sea perfecta y que sea pura.

Nosotros le decimos:

—Escúlpenos una elegía en mármol negro, y haz de modo que bajo los pliegues armoniosos de la túnica parezca latir un corazón.

Llenos de estremecimientos íntimos, al mismo tiempo que de sueños ambiciosos de arte, nosotros quisiéramos infiltrar las almas de los héroes de Shakespeare en el mármol de los dioses antiguos; quisiéramos cincelar, con el cincel de Heredia, la carne viva de Musset.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Centación

Calló por sí la r - así fué el caso:
En un largo suspiro de violeta
Se extenuaba de amor la tarde quieta
Con la dual decreditud del raso.

Dios callaba también: una secreta
Inquietud expresábase en tu paso.
La palidez dorada del Ocano
Recogía tu lánguida silueta.

El campo, en cuyo trebolarse maduro
Tiembla palpité como una esposa,
Contemplaba con éxtasis impuro

Tu media negra, y una silenciosa
Golondrina, rayaba el cielo rosa
Como un pequeño pensamiento obscuro.

Pax

As dos hijas del rey, que eran rivales.—quisieron, por salir de su quebranto, probar la fuerza de su mutuo encanto—en el cubil de los leones reales.

Gloria llegó. Trompetas y timbales—repetieron su nombre sacrosanto:—los leones del reino rugieron tanto—que á lo lejos temblaban los sauzal.

Sonrióse la viente cór e - a - al presentarse la princesa hermana:—mas el atombo entró en los

Cuando afrontando la ironía aviesa—atravesó la pálida princesa—entre un ves o silencio de leones!

I HOPOI DO LUGONES

Las Virgenes

El alba oscura ascendió sobre el mar, bañando todas las cosas de un tinte lila. La fogata cubierta de llamaradas, encendida en la torre del Faro, se extingió con la luna. Fugitivos vislumbres amarillos aparecieron sobre las ondas violetas como sembrantes de su cruz bajo cabeñeras de color de malva, y, repentinamente, surgió el día.

El muelle estaba desierto. La ciudad muerta: era el momento de a claridad taciturna que precede á la primera aurora, alumbra el sueño del mundo y provoca los sueños enervados de la mañana.

Nada existía, más que el silencio.

Las largas naves alineadas cerca de los muelles, semejantes á pájaros dormidos, dejaban colgar en el agua sus remos paralelos. La perspectiva de las calles se dibujaba con líneas arquitecturales donde ni un carro, ni un caballo, ni un esclavo destacaban. Alejandría semejaba una vasta soledad, la ausencia de una ciudad antigua, de siglos atrás abandonada.

De pronto tembló en el pavimento ligero rumor de pasos y aparecieron dos jóvenes, la una vestida de amarillo, y de azul, la otra.

Ambas ceñían el cinturón de las virgenes que les rodeaba las caderas y se adhería hasta muy abajo de sus vientres juveniles. Eran la cantadora de la noche y una de las flautistas.

Era la segunda, más joven y más bonita que su amiga. Sus ojos, tan páldos como el azul de su traje, semiahogados bajo los párpados, se miraban débilmente; las dos delgadas flautas le colgaban á la espalda, pendientes de su hombro por un nudo en flor; en torno de sus redondas piernas ondulaba una doble guirnalda de iris bajo la ligera tela y se le detenía sobre los tobillos en dos pericelios de plata.

La más joven dijo:

—Myrtokleia, no te entristezcas porque perdiste nuestras tabletas. ¿Podrías olvidar jamás que el amor de Rhodis es tuyo, ó imaginas, ingrata, que hubieras alguna vez leído sola esa línea escrita por mi mano? ¿Soy yo acaso una de esas malas amigas que se graban en la uña el nombre de la hermana de leche, y van á unirse con otra cuando la uña ha crecido hasta renovarse? ¿Necesitas un recuerdo de mí, teniéndome en era y viva? Entro apenas en la edad en que las jóvenes se casan, y no tenía, sin embargo, la mitad de mis años, el día que por primera vez te ví. Bien te acuerdas, fué en un baño. Nuestras madres nos tenían por bajo los brazos balanándonos la una hacia la otra. Jugamos largo rato sobre el mármol antes de ponernos los vestidos desde entonces no volvimos á separarnos, y cinco años después, nos amamos."

Myrtokleia respondió:

—"Hay otro primer día, Rhodis, bien lo sabes: aquí en que escribiste tres palabras sobre mis tabletas, entrelazando nuestros nombres. Ese fué el primero y ya no volverá, pero ¡qué importa! cada día es nuevo para mí, y cuando despiertas al caer de la tarde, me parece que no te he visto nunca. Se me figura que no eres niña, sino ninfa pequeña de la Arcadia que ha abandonado las selvas porque Febo le ha secado su fuente. Tu cuerpo es flexible como rama de olivo, tibia tu piel como el agua en verano, el iris se enreda á tus piernas y tienes la flor de Ioto como Ástarté una breva abierta. ¿En qué bosque poblado de inmortales se durmió tu madre, antes de tu dichoso nacimiento, y qué egipcio indiscreto, ó qué dios de cuál divino río la poseyó en la yerba? Cuando hayamos abandonado este horrible suelo africano, me conducirás hacia tu fuente, más allá de Psosis y del Feneo, á las vastas selvas umbrosas donde se ve sobre la tierra blanda la doble huella de los sátiros mezclada á los ligeros pasos de las ninfas. Allí buscarás una roca pulida para escribir en la piedra lo que sobre cera me escribiste: las tres palabras que son nuestra alegría. ¡Escucha, escucha, Rhodis! ¡Por el cinturón de Afrodita en que se hallan bordados todos los deseos; te juro que no los hay ya para mí, puesto que eres superior á mis sueños! ¡Por el cuerno de Amaltea de donde manan todos los bienes del mundo, me es indiferente el mundo, puesto que tú eres el único bien que en él he ha-

llado! Cuando te miro y me veo, no comprendo por qué me ames. Son rubios tus cabellos como espigas de trigo y los míos son negros como pelos de hivo. Tu piel es blanca como el queso de los pastores y la miga tostada como la arena de las playas. Florida es tu pecho como el naranjo en otoño. Un niño en otoño y estéril como el pino en las rocas. Si mi rostro se ha embellecido es á fuerza de amarte. ¡Oh! Rhodis, tú lo sabes, mi virginidad singular es semejante á los labios de Pan comiendo un retón de murto; a tuya es rosada tan linda como la boca de un niño. No sé por qué me amas; pero si un día dejaras de amar me, si como tu hermana Théano que toca la flauta junto á tí, te queda así de no ir alguna vez en las casas á que nos llaman ni el pensamiento me endría entonces de dormir sola en nuestro lecho, sino que á tu regreso, me encoutraras ahorcada con mi cinturón."

Tan cruel y loca era para Rhodis esta idea, que se le llenaron sus grandes ojos de lágrimas y sonrisas. Puso el pie sobre un poste, y continuó:

"Me molestan las flores entre las piernas. Suéltame así, Myrto adorada, ya no he de bailar más por esta noche."

La cantadora experimentó vivisección de seco.

—"¡Oh! es verdad; habíame olvidado ya de esos hombres y de esas mujeres. A los dos os obligaron á bailar, á tí con este vestido de Kos, que es transparente como el agua, y á tu hermana desnuda contigo. De no haberte defendido yo, te habrían tomado como una prostituta, como tomaron á tu hermana delante de nosotras, en la misma pieza... ¡Oh! ¡qué abominación! Oías sus gritos y sus quejas? ¡Cuán doloroso es el amor del hombre!"

Púsose de rodillas á los pies de Rhodis y desprendió las dos guirnaldas primero y luego las tres flores colocadas más alto, besando el lugar que cada una ocupaba. Al punto como se puso en pie, colgósele del cuello la pequeña y le dijo desafiando bajo su boca:

"Myrto, no es posible que estés celosa de todos esos libérrimos! ¡Qué te importa que me haya visto? Théano les basta y yo se la he dejado. Yo no me les entregaré Myrto querida; no estés celosa de ellos.

—¡Celosa!... sí, lo estoy de todo lo que se te aproxima. Porque tus ropas no te cubran á tí sola, me las pongo cuando tú las dejas; porque las flores de tus cabellos no queden amándote, las entrego á las cortesanas pobres para que las marchiten en la orgía. Jamás te he dado nada, para que nada te posea. Siento miedo de todo lo que tocas y aborrezco todo lo que miras. Quisiera pasar toda mi vida entre los muros de una cárcel donde sólo estuviéramos tú y yo, y unirme á tí tan profundamente, ocultarte tan bien entre mis brazos, que ninguna mirada sospechase de que allí estabas. Quisiera ser la fruta que comes, el perfume que más te gusta, el sueño que entra bajo tus párpados, el mor que te crispa los miembros, te encorcha la boca de la felicidad que te doy, y sin embargo, quisiera darte aún la que de tí me viene. Tal es de lo que estoy celosa, pero no me moví de tus queri-

das de una noche cuando me ayudan á satisfacer tus deseos de chiquilla; y en cuanto á los amantes, bien sé que nunca has de ser de ellos, bien sé que no podrías amar al hombre, al hombre intermitente y brutal."

Rhódís exclamó sinceramente:

—“Antes sacrificaría mi virginidad, como Nausthoé al Dios Priapo, que adoran en Thasos. Pero no esta mañana, querida mía. He bailado mucho, estoy muy fatigada. Quisiera estar de vuelta, durmiendo sobre tu brazo."

Y sonriendo, continuó:

“Tendremos que decirle á Théano que nuestro lecho no es ya para ella, y le pondremos otro á la derecha de la puerta. No podría abrazarla ya, después de lo que vi esta noche. Myrto, ¡es verdaderamente horroroso! ¿Es posible que se ame así? ¿A eso llaman ellos amor?"

—A eso.

—Se engañan, Myrto. No saben...

Myrtokleia la cogió en sus brazos y las dos callaron juntas.

El viento les entremezclaba los cabellos.

PIERRE LOUYS

Romanza

*¿Con qué doble poesía se
reflejan las cosas poéticas
del mundo, en una alma
enamorada!*

(El autor.)

Sus pestañas cargadas de sombra
Velaban sus ojos profundos y negros;
El amor, como luz de una estrella,
Cintilaba lánguido rompiendo ese velo.

Era aquella una noche de luna:
La luz de la luna que alegró los sueños
Dilataba con vaga tristeza
Mi cansado espíritu en los firmamentos.

Yo le dije:—“La noche se mece
Llevada en los hombros del vasto silencio:
Allá arriba en los cielos azules
Hay estrellas pálidas que ven lo que hacemos.”

En la selva los aires dormidos:
En el largo río las aguas gimiendo:
Y la espiga temblando en el llano:
Y el alta montaña callada á lo lejos;

Y los ruidos ahogados del bosque;
Y la roca informe que orilla el sendero.
Y la sombra del árbol que canta,
Trovador inmóvil mirando á los cielos;

Son, le dije, son cosas muy tristes.
Son cosas que dejan una ansia en mi pecho,
Que despiertan los hondos suspiros,
Soplos de esperanzas, sombras de recuerdos.”

Respondíome:—“¿Qué bella es la luna!
Yo siento y no puedo decir lo que siento.
En las noches como ésta ¿no sabes
Cuál es la palabra que agrada al silencio?”

—“En las noches como ésta, le dije.
Se siente en el alma murmullos de versos:
Los que dicen “yo te amo” esta noche,
Dicen lo que dicen la tierra y los cielos.”

FRANCISCO GAVIDIA

La Hija del Adelantado

JAMÁS se olvidan las impresiones experimentadas en aquella edad dichosa, en que despierta el alma á la vida del sentimiento y de las ideas. Allá, por el año de 1864, en las horas de esparcimiento que me dejaban mis asiduos, cuanto malogrados estudios de Filosofía escolástica, leía, con el más vivo interés, sintiendo ciertas extrañas palpitaciones del corazón, “La Hija del Adelantado,” preciosa novela histórica de José Milla (Salomé Jil), cuya narración, llena de colorido y de poesía, me hacía ver, rebosando de vida, á doña Leonor de Alvarado, tan joven como hermosa, tan hermosa como enamorada, y á doña Beatriz de la Cueva, á *La sin ventura*,—cuya firma autógrafa después he visto,—muriendo con el alma presa de todos los dolores, en medio de la primera catástrofe de que fué teatro en el siglo XVI, la “Ciudad de Santiago de los Caballeros,” la Antigua Guatemala, edén perdido, que á no haberse conjurado en su contra la naturaleza, aun fuera, después de México, la población más importante de la América Española.

Nada engendra tantas ilusiones como el gusto por las letras: nada causa tan imaginarios y desinteresados afanes como la afición á lo bello: nada produce tantos y tan dulces ensueños como la predilección por el arte; fenómenos todos que son manías ridículas, extravíos risibles para quienes sólo viven del *tanto por ciento*, para quienes, con el alma petrificada, respirando en la atmósfera de un frío mercantilismo, ignoran ¡ay! que el culto á lo bello y á lo grande es un oasis en el desierto de la triste vida, y las ilusiones y los ensueños que produce, bálsamo preciadísimo que atenúa los crueles dolores que causa la desnuda, repugnante, y á veces odiosa realidad de la existencia.

Una de mis ilusiones de adolescente, inspirada por la lectura de “La Hija del

Adelantado," fué lá de conocer al autor de obra tan bella, y que, en mi supina ignorancia, consideraba exenta de todó defecto, y por ende, libre de ser objeto de la más leve crítica. Me solazaba con los recuerdos históricos, y con las creaciones del sentimiento y de la imaginación del autor; no veía, ni podía ver su obra al trasluz de los principios y de las exigencias del arte. A los diez y seis años, aun con instrucción, de la que he carecido y carezco, no se puede ser crítico; sólo se puede sentir y admirar. Parece que entonces el dulce sentimiento de la benevolencia llena todo nuestro sér, como para que más tarde sea nuestro amarga la hiel que, á fuerza de desilusiones, de desengaños, llega, en la edad madura, á envenenar el fondo de nuestra alma.

RAMÓN ROSA

Maruja

HACE tiempo, cuando vivía en San Petersburgo, acostumbraba, al tomar un trineo de alquiler, emprender conversación con el cochero.

Me agrada en especial charlar con los que hacen el servicio de noche, pobres labriegos de las cercanías, que vienen a la capital trayendo carricoches de mala muerte, embadurnados de ocre y tirados por un jamelgo, á ganar el pan,—la renta para el amo.

Cierto día llamé á uno de estos tales. Era un mozo de veinte años, fornido y robusto, de azules ojos y colorados carrillos. De su remendada gorra calada hasta las cejas, se escapaban las sortijas de su rubio pelo, y un tafetán, roto y menguado, cubría á duras penas sus anchos hombros.

Parecióme que el bello rostro imberbe del cochero estaba triste y sombrío; charlamos; y noté que su voz resonaba dolorosamente.

—¿Cómo tan triste, hermano?—le pregunté.—¿Tienes alguna pena?

Al pronto no respondió.

—Sí, Barino, tengo pena,—dijo al cabo; —una pena tan grande que no hay otra como ella; se me ha muerto un mujer.

—Según eso la querías mucho.

El mozo, sin volverse, agachó la cabeza.

—Barino, la quería. Ya va á cumplir el octavo mes y no puedo olvidarla. Es una cosa que me roe aquí en el corazón, y acabóse y yo no entiendo por qué se murió: era joven y sana. En veinticuatro horas se la llevó el cólera.

—¿Y era buena tu mujer?

—¡Ay, Barino!—suspiró hondamente el pobretín,—éramos tan amigos! Y se ha muerto sin mi.... Desde que supe aquí.....pues.....que la habían enterrado, al momento eché á andar para la aldea.....para mi casa. Llegué.... era más de media noche; entré en ella, me paré enmedio y llamé muy bajito.... Maruja.....eh, Maruja!.....Y nada, nada más que el canto de un grillo en un rincón.....Entonces me eché á llorar, me senté en el suelo y pegué en él con la mano, diciendo:

—¡Ah vientre hambriento, te la has tragado; trágame á mi también! María!

¡Ay, María! —repitió con enronquecida voz.

Y sin soltar las riendas de cuerda, se enjugó una lágrima con su guante de cuero, la sacudió de soslayo, agachó los hombros y no pronunció una palabra más.

Al bajarme del trineo le dí buena propina: saludóme hasta el suelo, quitándose la gorra con ambas manos; volvióse y tomó un cansado protecillo sobre la helada sábana de la calle desierta, invadida por la bruma gris del frío de enero.

IVAN TOURGUENEF

Acuérdate

Acuérdate cuando la fresca aurora
Franquea su palacio al sol su amado;
Acuérdate cuando la noche llora
Envuelta entre su velo plateado.

En medio de placeres que te invitan,
Y de nocturnos sueños que te agitan,
Del bosque en la espesura
Oye, que álguien murmura
Con voz doliente á fé:
"Acuérdate!"

Acuérdate también, si la inclemente
Del destino de tí me aparta un día,
Cuando el dolor, los años y la ausencia
Herido hayan de muerte el alma mía,

No olviden nunca mi amorosa llama;
Nada es el tiempo para aquel que ama
Mientras mi pecho aliente
Dirá así tiernamente
Con amorosa fe:
"¡Acuérdate!"

Acuérdate cuando la tierra abraçe
Mi cuerpo inerte con su brazo frío;
Cuando la flor, que en los sepulcros nace,
Abra su fresco cáliz sobre el mío.

Yo jamás te veré; pero á tu lado
Irás siempre la sombra de tu amado.
Oye en la tenebrosa
Noche, la misteriosa
Voz con que yo diré;
"¡Acuérdate!"

ALFRE O DE MUSSET

Hojas de un diario

HACIÉNDOSI: eco de una opinión muy vulgarizada, dice el crítico Teodoro de Wysewa que sólo pueden apreciar el valor artístico de una obra literaria, los que están acostumbrados, no solamente á comprender la lengua en que está escrita, sino á pensar en esta lengua. "No conozco nada más ridículo—escribe—que la admiración de los jóvenes estetas ingleses ó alemanes por tal poeta francés, Verlaine, por ejemplo, ó Villiers de l'Isle Adam; estos poetas no pueden ser comprendidos sino en Francia."

Al tratarse de obras científicas ó didácticas, en que la precisión de los términos es esencial, puede que sea verdadera la afirmación del crítico; pero á mi entender no lo es, ni con mucho, cuando se refiere á la literatura propiamente dicha, y en especial á la poesía contemporánea, cuyo más reciente ideal parece dar razón á Walter Pater, para el cual todas las artes aspiran á alcanzar la categoría de música, esto es, á sugerir emociones estéticas semejantes á las que la música provoca en el espíritu. En su *Filosofía del Arte*, Taine señala también esta evolución como un sintoma de la época actual.

El lenguaje es el instrumento de que se sirve el poeta para comunicar sus emociones al lector ó auditor; mas para ello tiene que valerse de las palabras que emplea en los asuntos cotidianos, palabras que si traducen con mayor ó menor fide-

lidad nuestros diarios pensamientos, han perdido, por su constante empleo, parte de su valor como signos de expresión poética; de tal manera, que para expresar bellamente una impresión estética, tenemos con frecuencia que exagerarla y variar, no siempre con fortuna, de artificios retóricos y combinaciones gramaticales, á fin de exteriorizar ciertos preciosos matices de la vida interior.

Desde este punto de vista, la teoría de Wysewa no es tal vez conforme á lo que realmente ocurre al lector de un poeta que escriba en un idioma que no es el nuestro; en este caso las más triviales palabras que aquel emplee son relativamente nuevas para nosotros, y esta novedad las hace tal vez más sugestivas y propias para despertar una emoción estética, casi musical por su misma vaguedad.

Cuando Gauthier intercala, en sus cuadros de viaje ó novelas, alguna palabra castellana, fué probablemente porque la creyó superior en expresión á su equivalente francés. Ved en los sonetos de Heredia, el efecto que producen ciertos nombres exóticos hábilmente distribuidos y escritos en su ortografía original: una asociación de ideas y sentimientos que nos transporta al sitio y á la época en que el autor coloca la "acción" de su soneto. El color local, la atmósfera andaluza de *La femme et le pantin*, de Pierre Louys, está hecho sobre todo, con términos de nuestro idioma, incrustados en la prosa francesa. *Home, gentleman*, que para el inglés representan quizás cosas triviales, tienen, para nosotros, el perfume de bienestar y elegancia que poseen tal vez para el inglés las voces *hogar y caballero*. No siempre por manía pedantesca se citan palabras extranjeras, sino porque creemos que ellas traducen con más exactitud un panorama mental.

Si muchas frases perduran al través de los tiempos, es más por su belleza sintáctica que por su estricto significado. Si el *Sunt lacrimae rerum*—por ejemplo, continúa repitiéndose y acariciando nuestro oído, es más por la melodía de sus sílabas que por su valor intrínseco; traducidla por "las cosas son tristes" ó "hay cosas que hacen llorar," y habrá

perdido en nobleza, y al fin se perderá en el océano de los lugares comunes; pero pronunciada en latín, aunque olvidemos el sentido de la frase, siempre será dulce en nuestros labios, como el agua de una antigua fuente virgiliana.

El joven esteta inglés ó alemán de quien Wysewa se burla, acaso aprecie mejor que un francés la musicalidad, el inefable espíritu que canta en una prosa de Villiers ó en una poesía de Verlaine.

PEDRO EMILIO COLL

Versos senciellos

Gran flor de loto la luna
Con sus hojas encendidas
Semeja, de la laguna
Bajo las aguas dormidas.

¿A dónde va aquel esquife,
El de esa línea estelar,
Sin temer un arrecife
En que podría encallar?

Es una dama hechicera
Que en brazos va de un galán;
La barca va muy ligera,
¿Quién sabe si volverán!

Pues Lorelay, sin recelo,
Ya mueve la ola salobre,
Que vierte notas de duelo
Como campana de cobre:

Y en el agua cristalina
Que la ribera retrata,
Cae la luna argentina
Como ancha gota de plata.

LUIS ANDRÉS ZUNIGA

La fiesta de los poetas

Con la más tierna admiración he descifrado los versos de esta noble y conmovedora poetisa; y siéntome dichosa de haber sido la primera en hacer resonar, fuera de los confines del Celeste Imperio, el nombre armonioso de Ly-y-Hane.

JUDITH GAUTHIER.

NIEBLA ligera; densas nubes; largo el día, interminable el dolor. .

El perfume está por extinguirse en la dorada quimera.

¿No es el tiempo de la hermosa fiesta de los poetas, el tiempo que retorna siempre? Sin duda, porque ayer, por la primera vez, sentí que enfriaba mis manos el antepecho de la ventana.

Miro en efecto parejas alegres que se esconden tras el seto oriental para beber en honor de los poetas, en la gloria del sol tramontante.

Suaves perfumes se escapan por las mangas de seda. Triste de mí, que me siento sin alma y sin defensa ante el áspero viento de Occidente. .

El viento que azota los crisantemos y los marchita, asemejándolos a mi corazón.

EL LOTO ROJO

Una flor se abre en la superficie del agua profunda. . . Del agua profunda. .

Tomo el sedal y lo lanzo hacia aquella flor de las raíces profundas. . . Hacia aquella flor de las raíces profundas. . .

Turbado ha sido el misterio de la tenebrosa profundidad, cesa el reposo, la agitación se extiende a lo lejos. Y trato con el sedal de atraer el loto. . . como si allí estuviese su corazón. . .

El sol sobrenada en la extrema orilla del cielo: palidece: extingüese; ¡ay! se hunde en la noche. . . Se hunde en la noche. . .

Subo al piso superior. Deténgome ante mi espejo. . . ¡Ah, el rostro triste y destruido! . . . El rostro triste y destruido.

Las plantas reverdecen. . . ¿Cómo yo, sin esperanza, he podido llegar hasta este día?

LY-Y-HANE,
(Poetisa china).

La mujer danzando

Danza, mujer, porque las aguas corren y las flores derraman perfumes de placer, y las estrellas se deshacen en lágrimas!

Danza, saliendo de la muerte oscura que oprime tus espaldas, y las dos flores blancas de tus manos en la noche levanta!

Otrécete al continuo movimiento de la vida que pasa; amor eterno a la actitud cambiante que transparenta el fuego de las almas!

Mueve la flor dorada de tu cuerpo
al compás de la danza:
deja empapado en tu perfume el aire
y derrocha la luz de tus miradas!

Como incensario tu cabeza ondula
coronada de llamas:
como incensario del amor oculto
bajo las ricas aras.

Entrégate á las danzas! A mis ojos
brilla transfigurada
bajo la lluvia musical, que llena
de un chorrear de fuente tus entrañas.

Te haces sagrada, hundíendote en las olas
de la música varía
todo tu cuerpo, abriéndose, descubre
el interior misterio que lo embarga.

Mujer danzando, enamorada viv
tus hombres se adelgazan
como corriente de agua por la noche:
tus pupilas se agrandan!

Eres como milagro que se inicia
bajo el cambiante velo de las danzas:
como suave naufragio que se mueve
con movimiento oculto sobre el agua.

Se ha desprendido mustia de tu frente
la primera guirnalda:
se han desprendido mustias de tu espíritu
las ideas prestadas.

Tú sola renas en la danza
Ruedan
flores blancas de almendro por tu espalda,
te envuelve una luz suave, y por los ojos
se te derrama sobre el mundo el alma.

Dijérase que el Universo entero
copia el compás alegre de tu danza:
que, oscilando, las flores
la imitan encantadas.

EDUARDO MARQUINA

Aplicación

SENTADA en la Explanada, bordaba
una labor amarilla de velludo estambre
persa.

El cielo estaba azul, y el monte como
una transparencia luminosa.

Bordaba.

Redondas nubecitas blancas flotaron, y
el monte se puso como blanca tiza.

Bordaba.

Un joven poeta pasó: saludó..

Todo era gris como plomo; el monte
había desaparecido.

Ella recogió su bordado amarillo y se
fué.

De nuevo el cielo estaba azul, y el monte
como una transparencia luminosa.

Sentada en la Explanada, bordaba una
labor amarilla de velludo estambre persa.

Un joven poeta pasó, y saludó..

El cielo estaba negro, con un millón
de estrellas blancas..

Ella estaba sentada en su cuarto y
bordaba su labor amarilla de velludo
estambre persa.

El joven poeta miraba el cielo negro y
el millón de estrellas blancas.

PETER ALTENBERG

En memoria de mi perro "Baudelaire"

A Jesús Contreras

Del raído jergón en que yacía
mi perro moribundo, alzó la testa,
la gran testa escultórica, orgulloso
y altivo, como un dios agonizante.
En sus ojos, profundos y febriles,
súbitamente se encendió un relámpago
de amor inmenso. Mi tristeza entonces
quiso asomarse á mis pupilas para
dar un adiós á aquel amor sublime.

La bestia, estremecida con temblores
de ternura, miró caer mi llanto,
y con un rudo y soberano gesto
de angustia y de dolor,—Gracias,—me dijo.
Después, con lentitud doliente y grave,
tras la fatiga del supremo empuje,
como en un cabezal, reclinó el perro
la gran testa escultórica en el muro.

Pero sus ojos tristes, tristes, tristes,
me siguieron hablando:

—Es la primera
vez que no te obedezco, no me llames,
ya te voy á dejar, amado mío.

Viví de tí, por tí, para atraerme
todas las emociones de tu alma,
tus goces, tus pesares y tus sueños;
para buscarte en todo, porque eras
mi única aspiración. A una caricia
de tu mano, á un acento, á una apacible
mirada, se dormían mis instintos,
y un sér inteligente, amable, dócil,
generoso, leal, siempre dispuesto
al sacrificio fui, bajo el encanto
de tu voz, tu caricia ó tu mirada.
¿Quién te amó más que yo, sin un instante
de duda, de desdén ó de abandono;
sin una ingratitud, sin un olvido,
sin dejar de ser tuyo, siempre tuyo?
Fui el compañero insoune de tus penas,

tu guardián en el peligro. Fui tu siervo
en el placer, tu amigo en el quebranto.
tu jovial camarada en la alegría.
Acuérdate: se fueron los efímeros
amores, la ilusión y la esperanza;
cantando se alejó la nave de oro
y nos dejó en la orilla oscura y sola.
¿Qué te quedó del Universo, oh pobre
soñador de reinos ideales?
Arriba, mucho cielo, el impasible;
abajo, mucha tierra, la infecunda.
Y yo que era la piedad; un átomo
de vida unido á ti por misteriosos
enlaces. Y marchamos. ¿Hacia dónde?
¿Al Bien? ¿al Mal? No importa; íbamos juntos.
Yo fui el festejador de tus sonrisas,
el cantor de tus negras soledades,
yo vigilé tus tristes pensamientos,
yo comí el pan mojado con tus lágrimas.
En el silencio del hogar sin lumbre
yo consolé tus noches de delirio,
y clavando mis ojos en los tuyos
te pregunté: ¿qué tienes? ¿por qué lloras?
Ya ves, me voy, te dejo; me entristece
pensar en que no habrá quien te acompañe
por el camino, como yo, besando
tus huellas en el polvo del sendero.
Te quedas con los hombres, los que olvidan
los que traicionan, los que engañan, solo,
mirando hacia los cielos impasibles,
en pie sobre la tierra despiadada.
Mi muerte no es la tuya; tú sucumbes,
y, transformado, asciendes á otros mundos;
yo fui materia que te amó, no tengo
alma con que esperarte en otra vida.
Tú eres un inmortal; sueñas que, errante,
por ese mar azul y luminoso,
buscarás, de astro en astro, la imposible
quimera de tu espíritu. Yo vuelvo
á pudrirme en el fango del que salen
el monstruo y el reptil, flores y estrellas.
Mas.... cree en el amor, existe; mira,
soy una prueba de que existe: toma
aliento y fe de mi postrer mirada. "

Y un último relámpago en sus ojos
el amor encendió. Gracias, le dije
y me incliné á besar la moribunda
cabeza de aquel dios agonizante.

Los tardíos luceros de la noche
se desleían; un helado viento
como un soplo de muerte, recorría
la llanura en tinieblas; y en el fondo,
tras un alcor, un árbol se agitaba
como dedo que niega.

Lentamente,
sobre el negro atadú del horizonte,
un crepón blanco apareció en la sombra
y se extendió como triunfal bandera
por el contorno azul de la montaña.

Yo, arrodillado en el jergón raído
en que mi perro agonizaba; estuve
por instantes sin fin, absorto en una
honda meditación. Un gran misterio
rodeábame...

Luis G. URBINA.

Hora divina

(Una página de la novela

FLOR DE SANGRE)

En aquella hora última de alevé dolor,
yo le pregunté la causa de su melanco-
lía. . .

La dulce criatura fraternal me miró con
sus ojos profundos, únicos sobre la tierra.

Después, en silencio, se sentó al piano
y le hizo decir su tristeza en su lenguaje
divino.

¡Cómo hablaban en mi alma taciturna
las leves armonías de aquella música
inolvidable! ¡Cómo me embriagué oyen-
do el ritmo de oro de aquella romanza
ultraterrestre!

No parecía de este mundo. Era un
cristalino susurro, un rumor de alas, algo
suave y tenue que hacía morir de do-
lor. . .

Y tuve un sueño sublime viendo sus
manos pálidas que resbalaban sobre el
teclado como dos flores de mármol; vien-
do su fresca boca virginal; admirando su
hermosura armoniosa; y, sobre todo, el
manto fúnebre de su cabellera, cuyo áro-
ma, recógido en mi espíritu, es el hálito
de poesía y de deseo que llena mi vida.

Oh frágil y luminosa virgen!—pensaba.
Eres blanca y castísima. Tu alma es un
perfume y tu cuerpo una maravilla de
amor: un tesoro sobrenatural, un milagro
de pura belleza, un lirio de gracia que no
debe ser profanado por la torpe lujuria de
los hombres.

... ¿Quién, por grande que sea, mere-
cerá la gloria de gozar de tu carne cálida
y mórbida, de toda la blancura sagrada
de tu sér? ¿Quién podrá comprender el
valor de tus besos y de tus caricias impal-
pables; de las caricias de tus manos; de
las caricias de tus ojos; de todo el mágico
encanto de tu sér exquisito?

... ¡Recuerdas mi fúlgido sueño de Ve-
necia, mi sueño sobrehumano que te hi-
zo llorar? . . Yo sólo he conocido tu
espíritu; y en mis horas nocturnas he
amado tu cuerpo. . . Y tú me has dicho
que en el amor soy superior á los hom-
bres; y que mi espíritu es superior al es-
píritu de los hombres. . .

Oh criatura maravillosa! Quiero poseerte en un claro de luna, sobre el musgo amarillento, en el silencio de la noche, bajo el fulgor de las estrellas! Te pondré "COMO UN SELLO SOBRE MI CORAZÓN"; besaré tu alma en cada uno de tus besos y te haré sollozar de placer. . .

Y moriremos así, en un paroxismo divino, ardientemente enlazados nuestros cuerpos, castamente unidos nuestros espíritus gemelos. .

El piano había callado. Por el abierto balcón penetraban las luces del ocaso.

Yo le pregunté la causa de su melancolía. .

. . y Ella—en un silencio más grande que la eternidad—me dió esta dulce contestación: sus besos y sus lágrimas.

FROILÁN TURCIOS

NOTAS

La Revista Nueva—

al reaparecer, saluda á la prensa nacional y extranjera.

De Administración.—

—La Revista Nueva reaparece hoy con doble número de páginas. De aquí que hayamos fijado en \$ 0.75 el valor de la suscripción mensual.

—Esperamos que las personas que reciban este número y que no deseen suscribirse, se sirvan manifestarlo con oportunidad á la Administración.

—Los agentes que adeudan cantidades de dinero á esta Administración deberán cancelarias á la mayor brevedad. Estamos dispuestos á exhibir á los morosos, para ejemplo.

—Por no hallarse aún organizados definitivamente los trabajos de la Tipografía Nacional, los números del presente mes saldrán en fechas extraordinarias; pero de junio en adelante, esta revista aparecerá el 1.º y 15 de cada mes.

El Mundo Literario Americano.—

Don Manuel Maucci, propietario de la acreditada Casa Editorial de Barcelona,

nos dice en carta de 29 de noviembre próximo pasado:

"Espero recibir la REVISTA NUEVA con puntualidad, pues le declaro sinceramente que está muy bien hecha y la leo con gusto.

Ahora voy á dar á Ud. una noticia que espero ha de agradarle; á principios de año publico la obra en dos gruesos tomos de la Baronesa de Wilson, titulada EL MUNDO LITERARIO AMERICANO, en cuya obra figura usted. Es lástima que no tengamos su retrato."

Noticia biográfica y literaria.—

"Biblioteca Económica" núm. 88.

(Fragmento)

....Hoy TURCIOS redacta en Tegucigalpa la REVISTA NUEVA, que es, en su clase, la mejor de cuantas se publican en la América Central.

Sus páginas contienen los más artísticos trabajos de TURCIOS y de otros escritores nacionales, y exquisitas selecciones de los más ilustres literatos extranjeros. La REVISTA NUEVA será de gran importancia histórica en el movimiento literario de Honduras, pues es indudable que influirá poderosamente en la formación del buen gusto en esa tierra del talento, cuna de Valle—el sabio—y de Ramón Rosa, ateniense del tiempo de Alcibiades, reencarnado por voluntad de los dioses en la patria de Lempira.

FRANCISCO A. GAMBOA

Canjes.—

Volvemos hoy á establecer el canje con todas las publicaciones que nos han favorecido con su visita.

Revista Nueva—

de Honduras (número 26).—Le sonnet *A una rubia*, de Vicente Acosta, est d' un lyrisme admirable. Le poète Leopoldo Díaz publie des traductions de Leconte de Lisle, d' Edgar Poé et de Henry de Regnier. Et toujours de beaux vers de la jolie cubaine Dulce María Borrero. Bien remarquables les articles de Froilán Turcios

RENAISSANCE LATINE, de Paris.